

UNA CONFERENCIA SOBRE PABLO NERUDA

La luz de la pequeña lámpara, que viene desde abajo, hace más finas las líneas de su rostro. No ha cambiado mucho Arturo Aldunate Phillips, mi antiguo discípulo del Instituto Nacional. Tal vez la voz es ahora más grave, sin que haya perdido cierta sonoridad ligeramente musical. Pero la sensación de juventud permanece, triunfa; las palabras salen de sus labios con la misma rapidez de otro tiempo, cuando el estudiante de humanidades, junto al negro pizarra, resolvía sin esfuerzo algún complicado teorema... Eran los buenos tiempos en que Arturo Aldunate y Gregorio Amunátegui — el actual diputado liberal — se disputaban noblemente los primeros puestos de su clase. ¡Recuerdos del colegio! Ya son muchos los años que han corrido desde entonces y, sin embargo, en esta tarde, en esta sala pequeña y acogedora de la Posada del Corregidor, dijérase que yo he perdido de improviso la noción del tiempo, simplemente porque he vuelto a vivir algunas horas bien lejanas!

Hoy día, Arturo Aldunate, ingeniero y alto funcionario de una gran compañía, va a hablarnos de la materia más sensible, de aquella que es enemiga de toda precisión, que rechaza los cálculos indiscutibles, que se burla de la lógica y desdeña las normas definitivas: de la poesía moderna, tan discutida y negada por quienes no la comprenden o no pueden sentirla. "No hay valores estacionarios y todas nuestras nociones cambian y seguirán cambiando, a despecho de nosotros mismos. Cada generación trae su mensaje al cual no podrá oponerse la generación precedente". Lo dice el conferenciante con sencillez, sin arrogancia, pero con voz clara y firme: siente la inquietud del momento que vive y nada rechaza de cuanto se le ofrece a su comprensión, a sus deseos de comprender. ¿Por qué ha de abandonar su cordial actitud ante las nuevas manifestaciones de la belleza? No pretende explicarlas, ni imponer a los otros su explicación; quiere, sencillamente, explicar su propia emoción, la que él siente, y que sin duda desearía compartir con los demás. Giran entonces sus palabras en torno del principio enunciado. Si lo abandona momentáneamente, es para ampliar las sutiles observaciones que lleva escritas. Porque Arturo Aldunate a ratos, lee, y a ratos habla, es decir improvisa. Y no se advierte ninguna diferencia entre ambos fenómenos. El escritor domina su materia, está impregnado de lo que dice y, sin embargo, no hay en su actitud la violencia del que desea a toda costa convencer. ¿Para qué? La inteligencia que observa y la sensibilidad que percibe los más escondidos matices de todas las cosas, se alternan en su lúcido y tranquilo raciocinio. Y hay momentos en que el poeta se insinúa a pesar suyo:

"La forma de expresión de cada época corresponde siempre a las características distintivas de ella. Nuestro siglo lleva en todas sus manifestaciones el sello de la velocidad, de la observación de conjunto. El hombre, esclavo del tiempo y de las normas de standardización del sistema industrial que nos domina, se revela, cuando tiene espíritu, con-

tra esa exigencia de lo establecido, hay un ansia de renovación y de originalidad, un rechazo interno hacia lo igual y cotidiano.

"Las formas grises y metálicas de las máquinas intervienen en todos los actos de la vida; aparece el arte de la creación en sí misma y con ello se altera totalmente el concepto de la belleza, a expensas de lo establecido por la naturaleza, y en beneficio del producto puramente cerebral".

En la segunda parte de su conferencia, Arturo Aldunate se entrega, sin miedo, al análisis integral del poeta y de su obra. Seguirá, como él dice, al autor de "Crepusculario" en su trayectoria. El artista es un rebelde en el campo literario: en 1923, surge al frente de una generación inquieta y altanera. La juventud puede permitirse todos los lujos, aun los más extravagantes. De la riqueza imaginativa de sus primeros poemas a la fuerza expresiva y hasta caótica de los últimos, ¿hay, en realidad, toda una evolución? Hasta cierto punto. Junto con deshumanizar — y aun dislocar — sus medios de expresión, el poeta se torna más humano, vale decir más profundo, y hay un momento en que el misterio de la existencia le inspira un canto desamparado y doliente. Paso a paso, sigue el conferenciante al escritor que analiza. ¿Por qué? Porque "el poeta verdadero es una cristalización de los mejores valores espirituales de su tiempo; él capta el ambiente y lo interpreta y lo comprende". La definición es hermosa y no carece de profundidad. ¿Ha llenado Neruda esta altísima misión en nuestra época y en nuestras letras? Arturo Aldunate no lo duda, ni puede dudar, porque es "nerudista" convencido y apasionado. ¿Será muy temprano todavía para sustentar un juicio tan definitivo? Muchos dirán ciertamente que sí, y no pocos se irritarán con estruendo. He de repetir con Arturo Aldunate: "Podríamos decir que el poeta lanza al espacio la vibración de su canto y cada uno lo repite hacia adentro como un eco".

El caso de Neruda es el caso de muchos artistas, de ayer y de hoy y de mañana. Negarle sus condiciones de poeta, sería pueril y hasta inútil. Es el poeta de la sugerencia, el romántico de nuestra época dinámica y tumultuosa — bien distinto, por cierto, del romántico de 1830 — que halla vibración y espiritualidad en la materia y que aún, en medio de la tempestad de sus imágenes, conserva un fondo de auténtica poesía y no se mantiene ajeno a las inquietudes y angustias de nuestro tiempo. ¿Se me permitirá decir que Arturo Aldunate probó todo esto a través de su charla? En realidad, pocas veces he asistido a una conferencia más amena y liviana y, al mismo tiempo, simpáticamente instructiva. ¿Débese esto a las citas de los versos, admirablemente escogidos por el conferenciante? En parte sí, y en parte también — y muy grande — al fervor inteligente de quien trataba de hacernos más ligero el camino de la comprensión hacia la poesía moderna y hacia Pablo Neruda. Y lo ha conseguido.